

A los trescientos años: Lope y la España de su tiempo

LOS extranjeros bucean en una literatura aquellas piezas que corresponden con la raza que las produjo, lo mismo que sueldan las coyunturas o la muñeca o los goznes en el batiente del portón. Este lector extraño hace a un lado gustosamente a los demás escritores: los unos, más o menos neutros; los otros, disidentes de una casta y correctores de ella. Ellos prefieren darse el placer visual que produce la confluencia de un hijo con su madre en las facciones morales y en las del verbo.

Me he dado clara cuenta de la pasión europea y norteamericana por Lope. Este centenario es tanto una fiesta española como de las clientelas espirituales, y especialmente sajonas, de nuestro hombre. Y es que, sin que lo sepamos suficientemente los de adentro, el lector exótico exige españolidad de marca mayor al libro castellano que buscó para leer, aunque sea con duro jadeo. Van más lejos: no le reclaman sino eso y le toleran otras fallas.

Si el extranjero adora en Lope la españolidad entregada a caño abierto, los suramericanos le amamos de pasión fiel el populismo. Pueblo hasta un punto que pasma, por allí es por donde resulta español más indudable.

Lo era voluntaria, deliberada y gozosamente. Parece que se regodeó como ninguno de su tiempo, excepción hecha de Santa Teresa, en ser pueblo entrañable y palpable, así queriendo como rezando, divirtiéndose como "diciendo". Su sensualidad sueña parece desparpajo de patrón rural (el señor del campo también es pueblo.) Su holgura de expresión viene del gran espontáneo que no quiere colar el chorro de su habla. Sus regresos azorados a la fe se ven como el tirón que da su escrúpulo al pastor descarrilado en su temperancia. Sus malicias donosas o insufribles de adulator de personajes valen por las del provinciano mañoso. Hasta sus llamados cinismos huelen a la bocanada agria de la picardía clásica. Supo mucho de vivir en las tres dimensiones cuanta cosa vivió, chica o mayor; pero el saber de libros o de vida ni le mermó el instinto ni le torció la índole "popolana" que él no quiso corregirse y a veces ni siquiera desbastarse. Pueblo será también en su abundancia, y ésta se volvió tan inaudita, que nuestro hombre vale por una duplicación del folklore español.

El varón Lope aparece sentado a media Castilla, y al modo de un fresco de Diego Rivera, piernas y brazos se le mezclan y funden con la geología lírica de la patria, y ya ni parece hombre, sino casta sin cara ni apellido, raza en aluvión. O bien se levanta sobre el plexo solar español—; Castilla, Andalucía—, y en hombronazo literario se echa a andar con las botas de

pes; corre, acicateado en corvas y talones, por el viento español y caliente que sopla a esa hora.

Tal vez resultase un refrenado o un sobrio si no halla, pecho adelante, tanta anchura de atmósfera española que lo fecunde; tal vez, provenzal o italiano, camina menos desafortadamente y cuidando el paso como lo piden o el ambiente medio a la obra ceñidamente individual. Encima, y delante, y detrás de él, llueve el diluvio del folklore nacional como las tempestades tropicales, y aquello que cae en su lomo lo cubre, lo embriaga y lo hace seguir corriendo, loco de humedad caliente, de sangre óptima y de potencias vivaces.

Los competidores del tiempo (;y cuáles!) le tentaron con las finezas viciosas o con las recamaduras lentas de la lengua, y en ellas con la enmienda de su temperamento y su norma. El hombre de buena jactancia (varón también en esto) quiso probar a los que hacían dengues a su "mucho" y a su "rápido", que también él tenía seso afilado y dedo moroso para cumplir hazaña de restricción y de primor. Y lo hizo metiéndose en culteranismos y otras sectas sesgadas, hasta donde podía con eso un demiurgo tremendo como él. Y bien estuvo hasta que accediese a hacer esos menesteres de pulcritud extrema y de mimo hacia la palabra, por mucho que se le peleasen con su costumbre desenfadada. Estaba destinado nada menos que a ser testimonio completo de su tiempo, el doble agipcio del siglo.

Las oposiciones, veleidades o dudas de Lope obedecen a su racionalidad; prefiero llamarlo a su "misterio de operario" doblado sobre su casta y de servidor extremado de su tiempo. Ahí está el apresador perfecto de una época, con lo natural y lo postizo de ella, cargándole lo llano y lo arievesado, las anchuras carnales y los rigores cristalinos, rara hoja de planta que miramos al voltearla, lampiña de un lado, ardua del otro.

Cuando su pueblo madrileño la hacía el padrino de sus artesanías, con miras tanto al homenaje de su patrón como a la venta de joya o perfume, excedía su propio entendimiento y entraba en la adivinación. En cierto momento, Lope era más que la vida española espejeando o corriendo en llamas cortadas sobre los Madriles y las Sevillas: era la costra misma de España, la horizontal y la vertical, el limo ostensible, el cuarzo seco, el fuego interno, el golpe de ráfaga circunstancial y la atmósfera estable.

Entonces, hasta los ángeles verían el hecho español como cosa lopista, y el que la hizo tal vez llamaría también a España "Lope de Vega" al mentarla, pasando la lista magisterial de sus naciones sembradas de Zedias abajo.